

1810.

poner la ciudad en estado de defensa. Al aproximarse Hidalgo, desconfiando del populacho y del regimiento provincial, se pusieron en marcha para Méjico, el intendente interino Don José Alonso de Terán, el Obispo electo, vários canónigos y muchos de los españoles avecindados en Valladolid, tomando diversas direcciones; pero no todos pudieron llegar á la capital; de este número fué el Intendente interino, que al pasar por Huetamo él y otros españoles los prendió el populacho movido por el cura. Iturbide con setenta hombres de su regimiento—el provincial de Valladolid—que quisieron seguirle, salieron de la ciudad.

Entra Hidalgo en Valladolid.—Crímenes de los insurgentes.—Proclaman generalísimo á Hidalgo.

El quince empezaron á entrar en ella los insurgentes, y el diecisiete de Octubre lo verificó Hidalgo, que estrechó al Conde de Sierra Gorda, gobernador de la mitra, á que le levantara la excomunion impuesta á él y á los demás jefes insurgentes por el obispo Abad y Queipo. Aunque convino Hidalgo con los comisionados que habian salido á recibirle que no habria saqueo, no escaparon de él las casas del Intendente interino, del canónigo Bárcena y de otros muchos españoles, á pesar de que hizo esfuerzos Allende para impedirlo, hasta el punto de mandar disparar un cañon, por lo que hubo algunos muertos y heridos. Los ladrones y presidiarios de Valladolid preguntarian con razon, si eran más privilegiados que ellos los de San Miguel el Grande.

En Valladolid proclamaron generalísimo los demás jefes insurgentes á Hidalgo, el cuál á su vez nombró capitan general á Allende; tenientes generales, á Aldama, á Jimenez, á un clérigo Balleza y á Arias, el mismo capitan que habia denunciado en Querétaro la conspiracion; mariscales de campo y brigadieres, á Abasolo y otra porcion de individuos, é intendente á Don José Mariano de Anzorena, de muy respetable familia.

Con las primeras noticias que habia recibido del descubrimiento de la conjuracion, se trasladó Calleja de su hacienda de Bledos á San Luis de Potosí; dos horas despues de haber salido llegó á prenderle una partida enviada por Hidalgo. Supo Calleja el diecinueve que habia estallado la rebelion, y sin esperar órdenes del Virey puso sobre las armas los regimientos de dragones provinciales de San Carlos y de San Luis, y pidió á los pueblos y las fincas toda la gente que pudieran armar. Entre los propietarios el que más se distinguió en esta ocasion por su adhesion y su lealtad á España, fue Don Juan de Moncada, mejicano, conde de San Mateo Valparaiso y marqués del Jaral, que presentó cuatrocientos sirvientes montados y armados, con los cuáles formó Calleja el «Regimiento provincial de Moncada,» é hizo su coronel al fiel Marqués del Jaral. La oficialidad de los tres cuerpos que he mencionado, y de los demás que se levantaron, como el batallon de «Tamarindos,» así llamado entónces por el color de la gamuza con que se les vistió, y más tarde «Batallon ligero de San Luis,» se compuso de comerciantes, de propietarios y de los dependientes de éstos, tanto en aquella como en las demás provincias, gentes pacíficas que no habian manejado una arma en su vida; tales eran los españoles Aguirre, Béistegui, Madrid, Menezo y Orrantia, y los mejicanos Armijo, Barragan, Bustamante, Concha, Gomez Pedraza y muchos otros, que se portaron con gran valor y decision por la causa de España hasta el fin de la insurreccion, como verá el lector en el curso de esta Obra.

Calleja, para levantar y armar fuerzas con la actividad que lo hizo, tuvo trescientos ochenta y dos mil pesos que habia en las cajas de San Luis, y puso á su disposicion el intendente Acevedo; noventa y cuatro barras de plata que iban para Méjico pertenecientes al

1810.  
Pone Calleja sobre las armas la brigada de San Luis de Potosí.—Pide gente armada á los pueblos y las fincas.—Conducta patriótica del Marqués del Jaral.—Forma Calleja oficiales.—Observacion sobre estos.—Fondos de que dispuso Calleja.

1810.

Gobierno, que hizo detener en el camino, y trescientos cuarenta mil y pico de pesos que le prestaron Apecechea, Iriarte, Ortiz de Zárate y Pemartin, mineros y comerciantes.

Marcha Hidalgo sobre Méjico.—Fuerzas de Hidalgo.—De qué se componían las de Trujillo.—Observación.

De Valladolid se había puesto en marcha Hidalgo, llamado por sus partidarios, para apoderarse de Méjico. El Virey había destacado para observar sus movimientos, y detenerle si podía, al teniente coronel Don Torcuato Trujillo, que había ido de España con él, poniendo á sus órdenes el regimiento provincial de Tres Villas, que tenía ochocientos hombres, y algunos dragones del regimiento de España. Acompañaba el teniente Don Agustín de Iturbide, á solicitud suya, á Trujillo, el cuál, habiendo salido de Toluca el veintisiete de Octubre para ir á atacar á Hidalgo á Ixtlahuaca, supo que éste se adelantaba con todas sus fuerzas, y contramarchó á Lerma. No se presentaron los insurgentes en todo el día siguiente, pero el veintinueve se vieron algunos. Aunque la inmensa mayoría de las fuerzas de Hidalgo era de gente allegadiza é indisciplinada, tenía algunas buenas tropas provinciales. El pequeño ejército, ó más bien la pequeña brigada á las órdenes de Trujillo, se componía de mil infantes escasos, cuatrocientos caballos y dos piezas de artillería de corto calibre.

No dejaré de hacer notar al lector que en las tropas reales, además de Trujillo, no había otros españoles que el teniente de navío Don Juan B. de Uztáriz, y el capitán Don Antonio Bringas, con cincuenta voluntarios; todos los demás jefes, oficiales y soldados eran mejicanos, contándose entre ellos doscientos setenta y nueve negros y mulatos libertos de las fincas de Yermo, y cincuenta que llevó de las suyas D. José María Manzano.

Batalla del Monte de las

«A las once de la mañana del treinta, presentó Hi-

dalgo su columna de ataque. Veíanse á su cabeza el regimiento de infantería de Valladolid, parte del de Celaya y del batallón de Guanajuato, y por los costados y la retaguardia los regimientos de caballería de la Reina, Príncipe y Pázcuaró: tropas que excedían al doble en número, y eran de igual calidad á aquellas con que iban á batirse; con las que habían estado en el campamento de Jalapa, y habían tomado parte con ellas en los mismos simulacros parciales; pero que habiendo abrazado el partido de Hidalgo se hallaban sin jefes, y habían perdido la disciplina y la moralidad: traían á su frente cuatro malos cañones, dos de ellos de madera, manejados por soldados de Guanajuato. Seguía á Hidalgo una muchedumbre de indios, que no bajaban de ochenta mil, armados de lanzas, piedras y palos, tan prevenidos para el saqueo de Méjico, que llevaban los sacos para lo que cogiesen: éstos ocuparon todas las alturas inmediatas, y con continuos gritos y alaridos, trataban de inspirar terror y pavor en los contrarios. Grandes masas de caballería de gente del campo con lanzas, espadas y algunas carabinas, estaban tendidas en el camino de Toluca y demás sitios que lo permitían. Tal número de gente, sus descompasados gritos y una fuerza de tropas disciplinadas que excedía á la que con ella iba á combatir, hubieran sido bastante para arredrar á tropas más aguerridas; pero el valor y la resolución que los mejicanos manifestaron en esta memorable batalla, prueba que son capaces de los más heroicos hechos, siendo conducidos por jefes denodados é instruidos en el arte de la guerra.» Duró esta batalla, conocida por la del Monte de las Cruces, hasta las cinco y media de la tarde, en cuya hora había quedado muerta ó herida más de la tercera parte de las tropas realistas, por lo cuál emprendió Trujillo su retirada hácia la capital, que está á treinta kilómetros del campo de batalla, en

1810.

Cruces.—Fue un gran triunfo moral para la causa real.—Se retira Hidalgo.—Es derrotado en Aculco.

1810.

donde se distinguieron mucho vários jefes y oficiales, entre ellos el sargento mayor de infantería Don José de Mendivil, veracruzano, mal herido, y el teniente Don Agustín de Iturbide: éste fué ascendido á capitán, y á teniente-coronel Mendivil.

No se atrevió Hidalgo á continuar su marcha sobre la capital, estando aterrados los indios con el destrozo que habia hecho en ellos la artillería, é intimidada toda su tropa con la decidida resistencia de los realistas, los cuáles se atribuyeron la victoria de las Cruces, y con justicia: si no en el campo de batalla lo fué en sus resultados para la causa de España; tanto por haber impedido que se apoderaran de la capital los insurgentes, cuánto porque se habia visto que las tropas del país se batian denodadamente contra ellos, sobre lo cuál no habia ántes completa seguridad, en vista de la defeccion de los cuerpos provinciales con que se habia presentado en las Cruces Hidalgo; éste, viendo que no se hacía movimiento alguno en la capital como se lo habian hecho creer sus partidarios, ni se le reunía un solo habitante de los pueblos inmediatos, el dos de Noviembre emprendió la retirada, reducida su gente á la mitad, habiéndose vuelto á sus casas los muchos miles de indios que le habian seguido en su marcha hácia Méjico, por la esperanza del saqueo de aquella ciudad.

Reunidos en Dolores Calleja y Flon con sus fuerzas, que se componian de dos mil hombres de infantería y más de cuatro mil de caballería, entraron el primero de Noviembre en Querétaro, en donde encontró Calleja los despachos del Virey, avisándole el estado crítico de la capital por la aproximacion de Hidalgo, y previniéndole que marchara pronto á su socorro, por lo cuál salió de Querétaro para Méjico el tres, y el seis se encontró en Aculco con Hidalgo, que fué completamente derrotado por Calleja, dejando en poder de éste su artillería, y en-

1810.

tre ella los dos cañones que habia perdido Trujillo en el Monte de las Cruces; seiscientos prisioneros; ochocientas cincuenta reses grandes y chicas; doscientos caballos y mulas; trece mil quinientos cincuenta pesos; porcion de fusiles, equipajes, ropa, papeles y dieciseis coches de los generales, en los que iban ocho mujeres jóvenes de buen parecer, que Calleja llamó el serrallo de los insurgentes; vários eclesiásticos que seguian á Hidalgo, aunque sin empleo militar, entre ellos el doctor Don José María Gastañeta, que le acompañaba desde Valladolid, y el bachiller Don José María Abad y Cuadra, con otros ménos notables.

Quedaron en libertad, pues los llevaba prisioneros Hidalgo, los coroneles Conde de Casa Rul y Don Diego García Conde, y el intendente de Valladolid Don Manuel Merino, mejicano el primero.

«La victoria de Aculco hizo desaparecer como el humo la fuerza principal de los insurgentes, habiéndose dispersado enteramente los cuarenta mil hombres que Hidalgo conservaba y presentó en ella, entre los cuáles se contaban quince mil de caballería; pero no por eso terminó la revolucion, como algunos se habian lisonjeado que sucederia. Miéntras Hidalgo se dirigia á la capital, y al retirarse de delante de ella era su ejército batido y dispersado, el fuego de la insurreccion se propagaba rápidamente en las provincias del Norte, y en las confinantes con el mar Pacífico. La Nueva Galicia, Zacatecas, San Luis de Potosí y las provincias internas de Oriente, habian sido agitadas por diversos agentes enviados por Hidalgo y la revolucion habia triunfado en ellas, abriendo un nuevo campo y proporcionando mayores recursos á los insurgentes para la continuacion de la guerra, así como presentando nuevas dificultades al ejército real, y exigiendo una série no interrumpida de marchas y combates. A las espal-

Estado de  
N. España des-  
pues de la bata-  
lla de Aculco.

1810.

das mismas de Calleja, Villagran, dueño de Huichapan y de sus inmediaciones, tenía interceptado el camino á la capital, en el que tomó un convoy con municiones para el ejército, dando muerte al doctor Don José Ignacio Vélez, mejicano, que iba nombrado de asesor de aquel General, y á dos empleados destinados para su secretaría; y al Sud de la intendencia de Méjico, iba adquiriendo fuerzas y ganando fama é influjo el enemigo más formidable que habia de tener la causa española en Nueva España. La revolucion, pues, en el espacio de dos meses, habia tomado gran cuerpo, propagándose en las más ricas provincias y extendiéndose en la mitad del Reino, contribuyendo á su incremento el estímulo poderoso del saqueo que se ofrecia al pueblo, y las groseras falsedades con que se le engañaba y seducía.»

## CAPÍTULO V.

La insurreccion en Nueva Galicia.—Disposiciones del Comandante general.—Infidelidad de las tropas.—Fuerzas que se levantan en Guadalupe.

El agente enviado por Hidalgo para propagar la insurreccion en Nueva Galicia, fué el mayordomo de una finca de la provincia de Guanajuato; se llamaba José Antonio Torres; era mestizo, rústico y apenas sabia escribir; pero astuto, activo y valiente. Este y los cabecillas Gómez-Portugal, Godinez, Alatorre, Huidobro y otros que se levantaron en pocos dias, habian insurreccionado completamente para fines de Octubre toda la Nueva Galicia ó provincia de Guadalupe. Habia puesto sobre las armas el comandante general Don Roque Abarca, luégo que supo los acontecimientos de Dolores, los cuerpos provinciales, que consistian en un batallon y en el regimiento de dragones de Aguas Calientes ó Nueva Galicia, y las compañías de la frontera de Colotlan; armó tambien á doce mil indios de aquella parte; mas no habiendo dado á estas fuerzas

1810.

la conveniente organizacion, ni sabido inspirarles el espíritu de cuerpo como lo habia hecho Calleja con sus tropas, sólo sirvieron para refuerzos al enemigo, al que se pasaron todas las nuevamente levantadas, con tres escuadrones de los cuatro del regimiento de Aguas Calientes. Hizo lo mismo más adelante el último que quedaba guarneciendo la capital de la provincia, de donde se fugó á las órdenes de un jefe español, que fué segundo comandante de Gómez-Portugal, y le siguieron las compañías de Colotlan y los indios de aquella frontera. Se levantaron tambien en Guadalupe dos compañías de jóvenes del comercio y de la Universidad, y un cuerpo de clérigos y frailes, que se llamó de la Cruzada.

Por no haber aprobado Abarca la prision de Iturrigaray, andaba mal avenido con la Audiencia y con los españoles; á pesar de esto cometió la imprudencia de despojarse de sus facultades legales desde los primeros momentos de la insurreccion, permitiendo la creacion de una «Junta auxiliar del Gobierno,» compuesta de clérigos, de abogados y de particulares, que llegó á ser absoluta y á desconfiar de Abarca, al punto de tener por traidores á algunos de los oficiales de más capacidad y de mayor confianza; y para colmo de desaciertos confió la Junta el mando de dos divisiones que hizo marchar á la Barca y á Zacoalco, el de ésta á Don Tomás Ignacio Villaseñor, rico hacendado mejicano, creado de repente teniente coronel por la Junta; y el de las que iban á la Barca al oidor Don Juan José Recacho, que en sus primeros años habia sido capitán de dragones en España, y á su vuelta de Méjico fué superintendente general de policia en 1825.

No es posible entrar en todos los detalles, que muy largos serian, de las desavenencias entre Abarca y la Junta; sólo trataré de las operaciones militares. Re-

Creacion de la Junta auxiliar del Gobierno en Guadalupe.—Sus desaciertos.—Accion de la Barca.—Retirase Recacho á Guadalupe.—Observaciones.